



www.loqueleo.com/ec

© 2012, Jorge Dávila Vázquez

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-818-1

Derechos de autor: 14828

Depósito legal: 001754

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Abril 2001

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Julio 2017

Séptima impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Guido Chaves

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: Angélica Peñafiel

Diagramación: Juan Carlos Carrera

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Historias para volar

Jorge Dávila Vázquez

Muestra
Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto



Acerca de los ángeles

Angelografía	13
El feo	17
El inquilino	19
La gorda	21
El guardián	23
El observador	25
El pendejo	27
La pescadora	29
El querubín	31
El músico	33
Gabriel	35

Cuentos breves y fantásticos

El mal	39
Carnaval de los animales	41
Anillo robado	49
El número uno	51

Logroño	53
Custodio	55
Espejo	57
Gatos	59
Un fotógrafo	61
El Pajarosol	63
La rosa ajena	65
El juego de soñar	69

Recuerdos de Grecia

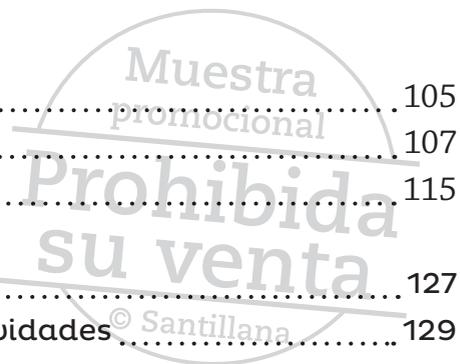
Helena	73
Penélope	75

Bestiario del libro de los sueños

La sirena	79
El guardián del tesoro	81
Una zirt	85
La almeja madre	87
Los mosquitos-dragón	89
La bestia del abismo	91
La hiena del ruido	93
Las hormigas-perro	95
El unicornio	97
El ser imaginario-imaginario	101

Otros sueños

Acerca de la bestia	105
Tonic l'Armonic	107
Unicornios	115
Biografía	127
Cuaderno de actividades	129



Acerca de los ángeles

Muestra



Angelografía



Encerrado en su alta torre, desde donde amenazaba lanzar a todo el que intentase distraerle de su trabajo, pasaba las horas entre libros escritos en lenguas que nadie más que él conocía, sumido en su lectura hasta el cansancio o como amodorrado por el raspar de la pluma de oca sobre el pergamino. Su jornada empezaba antes del nacimiento del día y terminaba muy tarde en la noche.

Frugal como se mostraba, nadie entendía por qué le era cada vez más difícil mover su enorme humanidad de un lado para otro; los años lo convertían paulatina, implacablemente, en una inmensidad grasa y mediatibunda.

Había dedicado todo su afán a la construcción de una gran obra: la *Angelografía*, un tratado sobre los ángeles, sus nombres, número (en sus estrambóticos cálculos había llegado ya a rebasar los quinientos mil millones de espíritus), clasificación y categoría, descripción y funciones.

Fue su sueño convertirse en el mayor experto en la materia de toda la historia, y parecía haberlo alcanzado: no atinaba a hablar de otra cosa que no fueran ángeles, arcángeles, querubines, serafines, coros, tronos, virtudes, dominaciones y potestades.

14 Se sentía ya al final de su titánica tarea y estaba verdaderamente satisfecho con los cientos de folios que llenaban innumerables estantes de las grandes y altas estancias de la torre, los mismos que, bajo su celosa supervigilancia, eran ordenados, iluminados y compaginados por una caterva de secretarios que devoraba alegremente su herencia. Hasta que, una madrugada en que volvía penosamente del baño, llevando un tembloroso candil en la mano, escuchó en el *scriptorium* una algazara como solo se daba cuando él hacía su siesta y los amanuenses descubrían en el jardín un grupo colorido de damas, músicos y pajes. Pero era demasiado temprano para semejante jolgorio. Se asomó desde el pasillo casi en tinieblas a la habitación y quedó unos instantes ciego por el resplandor que en ella ardía. Se habría dicho que alguien había incinerado la *Angelografía* entera.

Cientos de alas de luminosa transparencia reverberaban en la estancia, una voz leía párrafos de su obra. Se sintió al borde del éxtasis: ¡los mismísimos ángeles habían bajado a admirar su prodigiosa sabiduría!

Pero, de pronto, una gran carcajada y un batir de alas ruidoso como un bosque atronaron el ambiente y, a medida que continuaba la lectura en la voz que se ahogaba en risas de todo calibre, los estruendosos coros de alegría se repetían.

Sintió una desesperación indescriptible y, sin que ninguno de los esplendentes espíritus lo notara, se derrumbó junto a la puerta del gran estudio.

Así lo encontraron los amanuenses, rígido; apretando el candil apagado, con una dolorosa crispación, que se habría dicho de rabia; los vidriosos ojos fijos en una visión de espanto y en el apocalíptico desorden de los pliegos miniados que llenaban la habitación, como las plumas inverosímiles de docenas de ángeles alborotados.

15



He visto los ángeles de Leonardo da Vinci. Tal vez un poco huesudos, pero qué hermosos. Me fascinan los de los flamencos. Tienen rostro de niños viejos, cabello de oro rizado, y algo como una luz sobrenatural que los envuelve. Pero los que más me gustan son los de Sandro Botticelli. Ellos debieron bajar y revelarse ante él, solo así para que haya podido representarlos con esas facciones hermosísimas, tan cerca de la belleza de lo invisible, que debe resultar estremecedora para los humanos.

Y yo, ¿por qué tengo esta cara tan desagradable, tan impresionante en su fealdad que, cuando las gentes me miran, no pueden evitar un escalofrío? ¿Por qué este pelo erizado como un bosque de púas? ¿Por qué estas cejas tan ralas; estos ojos pequeñitos, opacos, huidizos y separados en exceso; esta nariz, como si alguien me la hubiese torcido de intento; esta boca que tiene más de cicatriz que de otra cosa? ¿Y esta quijada prognática, que recuerda a un pelícano?

No son las facciones que hubiesen inspirado a ninguno de aquellos pintores que tanto admiro. No. Y no son las de un ángel. Pero si no fuera tal, me habría amargado la vida, como ocurre frecuentemente a los humanos que tienen características semejantes.

18 ¿Y qué decir de mi pobre cuerpo debilucho y desproporcionado: largos y flacos brazos, espalda encorvada, piernas en arco?

Ignoro si será verdad o no que la belleza no lo es todo, que están el talento, la bondad, el espíritu... De cualquier modo, yo soy sobre todo eso, espíritu, bajo una efímera y fea envoltura carnal; pero, si un ángel pudiera sentir el agobio de la fealdad del rostro y del cuerpo, aunque no fuese más que prestada, yo lo sentiría como nadie.

El inquilino



Vivía anónimo, en una vieja casa. Unos creían que era un loco. Otros, un expresidiario. No faltó quien dijera que era un marica que salía en las noches a sus andanzas.

19

Una muchachita, a la que en la oscuridad de una calleja salvó de unos ebrios, descubrió que era tímido, pues se hizo humo antes de que pudiese siquiera decirle gracias.

Una vieja, que le detestaba sin motivo, hubo de confesar que era bondadoso, al verlo compartir su comida con los más menesterosos del tugurio.

Un carnicero, que por hacerse el gracioso lo amenazó con un cuchillo, tuvo que reconocer que era todo un hombre, pues no se le movió un músculo mientras duraba la broma estúpida.

Nadie se enteró jamás de que era un ángel, pues, cuando iban a demoler la casa y él desapareció de la noche a la mañana, sin dejar otro rastro que un breve perfume como de incienso, en una buhardilla

que nunca albergó mueble alguno, los vecinos se limitaron a comentar que se había ido así para no tener que pagar la última mensualidad de arriendo, llevándose todo, y que bien hecho estaba, porque era una vergüenza que, encima de que los echaban, tuviesen que pagarles el mes a los descarados de los dueños del caserón... y cosas parecidas.

20



La gorda

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

Para Ana, siempre
Para mis hermanos

© Santillana

Muchos se han preguntado si de veras la gorda era un ángel. Pero, ante las evidencias, no les quedó más que desechar sus dudas y aceptar la realidad.

21

Claro que no tenía alas, y de poco le habrían servido con su grande y generosa anatomía. Pero sabía estar, en el instante justo, en el sitio en que la necesitaban, por lejos que estuviera. Un poco agitada, sí, pero puntual.

Su ancha cara dulce y triste nunca irradiaba una luz muy fuerte, pero ¡cómo iluminaba su proximidad un rostro oscurecido por la vida!

Jamás hizo un milagro sonado, de esos que registran las causas de santidad, pero vivía de los pequeños prodigios: con un hilo, sus mágicos dedos hacían ya una minúscula red, ya una diminuta canasta, ya una hamaca como para un ratoncito; con un hilo y un botón, un roncador que sonaba más que un trompo; con nada era capaz de crear un mundo que encantaba a los niños, que la miraban extasiados.